

Estados Unidos: Contrastes y dimensiones

Enrique Ruíz García*

Estados Unidos es la primera economía del mundo. Esa economía, de dimensiones universales y afectando con sus problemas y con sus producciones el planeta entero, tiene 245 millones de habitantes y 17 mil dólares de Ingreso por persona y año. En esa sociedad, retrocediendo al año 1900, un norteamericano blanco —el año en que el Producto Nacional Bruto de la nación superaba ya el del Imperio Británico— tenía una esperanza de vida de 46 años y seis meses. El norteamericano que nació, al revés, en 1985 alcanzará, como promedio, los 71.9 años. Cada estadounidense, en un mundo cruzado por el hambre, dispone de 3.632 calorías diarias y, por si fuera poco, del 30% de la energía producida en la Tierra. Estados Unidos, con el 4.6% de la población de la Tierra consume, diariamente, 15.5 millones de barriles diarios de petróleo; el Tercer Mundo, el 75% de los habitantes del globo terráqueo, sólo 12.5 millones de barriles. La *struggle for life* de Darwin, la lucha por la vida, no puede explicarse sin un cambio radical de la existencia.

Ronald Reagan, actual Presidente de Estados Unidos, el número cuarenta de los mandatarios que desde Washington han ocupado la Casa Blanca, ha cumplido ya 77 años (el 6 de febrero último) y pasará a la historia del país como el Jefe de Estado más anciano que haya conocido la República que iniciara su Independencia en 1776. El más joven presidente, al iniciar su periodo, no fue John F. Kennedy, como se cree, sino Theodoro Roosevelt. Tenían, en 1901, 43 años; Kennedy 44.

Al comenzar su primer periodo, en 1981, Ronald Reagan estaba en sus 69 años, es decir, 14 años más que el promedio total de todos los presidentes anteriores que, como conjunto, prin-

ciaron a los 54.8 años aunque siete lo hicieran cuando eran, solamente, cuádragenarios.

El más viejo de los presidentes de Estados Unidos ha sido, también, el más obstinado y el más próximo a los fantasmas ideológicos de un mundo que Estados Unidos, como vanguardia de la revolución científico-tecnológica; no debería apoyar, no debería sostener y, menos aún, reproducir. No obstante, los hechos, ineludibles, prueban la afirmación: con Reagan se retrocedió a los procesos síquicos de la guerra fría y a los pronósticos de las guerras (locales) calientes. Finalmente, la distensión, se está imponiendo y Reagan, oportunista, usa, a su favor, el cambio de frente con Gorbachov. Celebrémoslo, *aunque sea con él*; para celebrarlo, *después, sin él*. El mundo tiene, aún, mucho que decir. También mucho que aprender.

Las elecciones de 1988, por ello mismo, plantean la gran dicotomía histórica del final del siglo. Ronald Reagan ha sido, en periodo de paz, el animador del proyecto estratégico armamentista más grande que haya tenido nunca, en ninguna época, Estados Unidos. Su presupuesto militar, de alrededor de los 300 mil millones de dólares, representa, casi en dos veces, el Ingreso Nacional Bruto de México que es un país que ha superado ya los 80 millones de habitantes y aparece, estadísticamente, como la décimocuarta economía de la Tierra. En 1986 el Banco Mundial estimaba, negro sobre blanco, que el PNB de México era de 149 mil 110 millones de dólares (165.860 millones, dice el mismo *Atlas del Banco Mundial en 1985*); el presupuesto militar de USA fue de 289 mil millones de dólares de los cuales 66 mil millones para los gastos nucleares propiamente dichos.

Con Ronald Reagan se termina y se cierra, no obstante, la *dimensión unilateral* de Estados Unidos como formación social sin contestación.

*Coordinación de Ciencia Política, FCPyS, UNAM.

La riqueza nacional norteamericana, en 1944, conformaba, según las palabras de Samuelson, uno de los grandes economistas norteamericanos, el 50 por ciento del Ingreso total del mundo. En 1988 representa, solamente, el 22 por ciento. No obstante, para 1988 Ronald Reagan solicitó al Congreso, en su último año, un presupuesto militar de 312 mil millones de dólares, equivalente, grosso modo, al 50% del PNB de América Latina que en 1988 tendrá 423 millones de habitantes y mil dólares de deuda per cápita. Cicerón, en su famoso discurso contra Catilina, decía ¿hasta cuándo?, *quousque tandem*.

Los países de Europa que salieran arruinados y destruidos de la Segunda Guerra Mundial son hoy naciones prestigiosas que han generado, institucionalmente, nuevas sociedades democráticas y, paralelamente, los mayores mercados comerciales del área occidental. Dos países derrotados y aniquilados en 1945, Alemania Federal y el Japón, son hoy los interlocutores naturales e irremediables de Washington. Alemania Federal es, en estos momentos, —con 61.5 millones de habitantes, el primer exportador de la Tierra. Japón, el país de los antiguos samurais feudales, se ha convertido en una potencia innovadora de tal dimensión que ha modificado la correlación de las fuerzas económicas a escala global. Representa, ahora, —excluida la economía militar soviética, la segunda economía productiva del mundo y su Jefe de Gobierno después de haber aceptado que Japón fuera la primera multinacional del ahorro que existe en el globo, ha tenido que decir a sus conciudadanos: *"Consumid aceleradamente. Sólo así venderemos"*. Juego de dados terribles. Arrojos están. *Alea jacta est*.

Los países socialistas de Europa, con la Unión Soviética a su cabeza, viviendo hoy una vasta y compleja reforma (cuyos alcances y dimensiones se conocerán y plantearán en el siglo XXI) revelan la irreprimible pluralidad de las ideas. Nadie podrá impedir ya, se quiera o no, que existen hipótesis distintas para acceder, pacíficamente, al desarrollo. Por tanto, a las mutaciones industriales, sociales y culturales del tercer milenio. A ello se añadirá un fenómeno político irreversible: *la transformación de los pueblos que, después de haber buscado al líder carismático —en ocasiones al amo— se abren hoy a la aventura de la diversidad*. Galileo puebla la imaginación humana: *"eppur si muove"*.

Ronald Reagan, que ganara las elecciones en su primer mandato anunciando, condenando y rechazando el modelo "gastador" de los presidentes anteriores, ha transformado a Estados Unidos en el país del déficit: déficit presupuestario, déficit en balanza de cuenta corriente y déficit

en la balanza de capitales. El déficit comercial (balance entre exportaciones e importaciones) de Estados Unidos es, anualmente, de alrededor de 150 mil millones de dólares. Ello significa que compra más que produce y que vive por encima de sus fuerzas. No obstante, nadie quiere *que gaste menos* en los grandes países industrializados. Intereses contradictorios que estallan en la praxis. *¿Quid novi?*

El emisario de la reforma administrativa deja tras sí, como símbolo de su gobierno, a Estados Unidos convertido en el mayor deudor nacional del mundo. Su deuda externa, en síntesis, asciende ya a 400 mil millones de dólares, es decir, equivalente a la de América Latina entera que, en 1987, se valoró en 409 mil 815 millones. Sin embargo, y a su vez, el dinero internacional, como un río, acude a consolidarse en Estados Unidos. Nada menos que 267 mil millones de dólares han invertido los extranjeros en el país de Reagan. Es un asalto, inmenso, a las empresas que son competitivas. Éstas, con un dólar devaluado, están al alcance de los nuevos poderes. La interrelación, entre sí, del capital internacional adquiere una magnitud inigualable. Aquí y ahora, *hic et nunc*, eso acontece.

Historia económica de la opulencia y la crisis. Estados Unidos, en pocas palabras, consume más que produce y, en vez de ajustar el cinturón, gasta más de lo que puede y carga los números rojos, impávido, al pasivo del mundo. Ronald Reagan multiplicó esa brecha ampliando el presupuesto militar y reduciendo, paralelamente, los impuestos. *Lo imposible en la práctica; lo fascinante como regla de tres simple que devora el futuro para conseguir un presente suntuoso y frágil*. Sólo desde la potencia podía hacerse ese acto impensable. ¿Quién pagará, después, la factura? En *lato senso* esa interrogación queda en pie. En principio, los más pobres tienen que pagar.

Esa inmensa operación paradójica se ha perpetuado por varias razones de contenido, al tiempo, *lógico e irracional*. El sistema funciona de la siguiente manera. El saldo negativo del presupuesto —alrededor de los 150 mil millones de dólares anuales se resuelve de una manera insospechada. En efecto, para sufragar su déficit, el gobierno norteamericano acude al mercado de capitales en busca de dinero a contratar. Ello supone, como respuesta del mercado, en un país de escaso ahorro (no es Japón) y alto consumo, el incremento inmediato de las tasas de interés, es decir, *el precio del dinero sube*. Consecuencia de ello se produce un fenómeno sencillo: los excedentes monetarios del mundo, sobre todo japoneses y europeos, invierten en Estados Unidos

para obtener las ventajas que implica un tipo de interés más alto y en dólares. Un gigantesco modelo de transferencias de recursos está detrás de ese proceso. El resultado final, no obstante, es claro: Estados Unidos tiene siempre recursos frescos, pero cada punto que aumenta la tasa de interés, esto es, el precio del dinero, representa nada menos que *4 mil millones de dólares de incremento en la deuda externa del Tercer Mundo*. El costo del sistema se hace imposible. No existe solución alguna que no comience en el centro del dilema: *Estados Unidos tiene que poner orden en su casa*. Ahora bien, como poner orden significa disminución del nivel de vida, ¿qué político ganaría, así, las elecciones? En la cola está el veneno (*in cauda venenum*), pero las contradicciones explican las necesidades.

Los grandes países saben, bien, que están sufragando los saldos rojos de Estados Unidos. Entonces, ¿por qué lo aceptan? Lo aceptan porque el déficit comercial de Estados Unidos, *revelación de que consume más que produce*, es la representación, también, de la riqueza estadounidense. Japón y Alemania no quieren que ese mercado se cierre con medidas proteccionistas porque, de cerrarse, perderían un cliente clave e importantísimo. Japón vendió a Estados Unidos, en 1986, 81.926 millones de dólares y le compró sólo 29.410. *Estados Unidos es la jaula del Japón*. ¿Hasta dónde es posible ese ejercicio de iniquidades puesto que Japón, después, invierte en USA para apuntalar los déficits? Lo cierto es que Japón o Alemania reciben dólares norteamericanos, que no representan producción, sino fabricación de billetes, (medios de pago generados en las planchas porque el dólar es divisa mundial) y someten a sus economías a tratamientos de choque para que la deuda estadounidense no se transforme, fuera de sus fronteras, en una corriente inflacionaria incontenible. Si vive así, sobre una cordillera de Himalayas de transferencias contables que no eliminan la gigantesca fuerza de esas economías, pero que evidencian sus riesgos internos. De vez en vez el *crack*, compasivo, avisa a los malhechores. Después el juego recommienza. Un viejo adagio del Derecho romano (*is fecit cui prodest*) lo certifica y lo exalta: el culpable es aquél a quien el crimen beneficia. No siempre. Seamos prudentes, no sectarios; lúdicos, no inocentes; sabios, no cínicos.

El país que deja Ronald Reagan al final de su mandato es, por tanto, un país en transición —sin dejar de ser la primera economía del mundo y con un dinamismo extraordinario— que está pasando, sin embargo, *del poderío unilateral al poderío y el liderazgo internacional compartidos*. Se trata de una experiencia nueva. El historiador

Paul Kennedy dice que Estados Unidos, la URSS y Europa Occidental son gigantes que caminan hacia la decadencia. Como los dinosaurios aplastan, antes, la foresta. Véanse los nuestros. De nada les vale ya *panem et circenses*. Falta de los dos.

Japón y Europa Occidental, sobre todo la Europa del Mercado Común o Europa de los Doce, se han transformado radicalmente. Sufren, pero sueñan. De aliados sumisos han pasado a ser aliados con voz y voto en un concierto mundial que anuncia, con la distensión militar, el replanteamiento del orden económico mundial. Replanteamiento inevitable porque la economía del mundo, en estos momentos, está caracterizada *por un desorden explosivo*. Las Bolsas, con sus vértigos, anuncian que el dinero, papel seco o papel mojado, papel recién impreso o papel “lavado”, es frágil y que su *termita* dialéctica es el uso irracional de la producción y el orden irracional de las prioridades. Mientras tanto, para empezar, *vae victis, ay de los vencidos*. En el año 2000 el 79% de la población del mundo será Tercer Mundo y el 61% de los habitantes de las ciudades latinoamericanas serán pobres. Pronóstico, el último, de la CEPAL. No vamos a renunciar a vivir en el año 2000. Hay mil probabilidades de que Reagan no esté ya en su rancho de California.

La sucesión política de Reagan tiene, por ello, una dimensión planetaria. De un lado, Dukakis, el hijo de un emigrante griego y, del otro, el hijo de un millonario del petróleo: Bush. Los dos confrontan, más allá de las fronteras nacionales, una interpretación global de las acciones y decisiones que, de una forma u otra, decidirán el destino de la humanidad en el siglo XXI. Saben que no pueden anunciar reformas dolorosas; saben que tienen que hacerlas. Por ejemplo, *gastar menos, y menos en armas, y subir los impuestos*. Los que hoy claman y piden eso —los profetas solitarios de *vox clamantis in deserto*— tendrán que cumplirlo. No hay remedio. Igual que Gorbachov que, hace unos días, áspero, advertía: “No esperen todo del “buen zar”. . .”.

El equilibrio y la prudencia de los manifiestos electorales prueban y explican las dificultades de ese tránsito. Viaje histórico hacia la transición. La *USA-perestroika* es un arma de doble filo. Dukakis no ganaría nunca las elecciones si, *en un periodo de indudable bienestar general*, se dirigiera a los electores norteamericanos para decirles, *a cañonazos*, que viven por encima de sus fuerzas reales, que tienen que ajustarse el cinturón, pagar más impuestos y coordinar su economía con la economía del mundo en el cuadro del interés colectivo. Por ello, Dukakis, ha

elegido a un *duro* de la economía y de la política, un ultra millonario, Bentsen, para vicepresidente. Bush, cierto, también a otro millonario —Quayle— pero este “hijo de papá” es un blando o un falso duro, un joven político que no le ayuda; *le friega*. Cuando se ve a Quayle nadie diría, como los romanos, que *ve un lobo*, (*video lupum*) sino, más bien, que ven un farsante. Bush no acierta. Acaso sea presidente. Algunos hay, y hubo, que por eso lo fueron.

La misma prudencia ambigua aparece en el caso del candidato republicano —Bush— porque sabe que la era de Reagan es irrepetible y que, como gobernante, tendría que adoptar reformas impopulares. En esas condiciones Dukakis navega como puede defendiéndose de la acusación de “liberal” y de “antipatriota”. Esas simplificaciones todavía hacen daño; todavía colocan al estadounidense medio, asombrado de que existan Nicaragua y Filipinas, ante espectros del pasado.

Esa paradoja, inexorable y tensa como balista, nos remite a las dificultades reales. Sobre todo cuando, al tiempo, Estados Unidos, al finalizar el mandato de Reagan, ha reducido el desempleo al más bajo nivel de un decenio —5.4%— y ha creado, en su periodo, más de doce millones de nuevos empleos. La economía estadounidense se renueva y cambia. Los estratos más ricos son más ricos y los marginales más pobres. *Una medicina amarga y dramática que rompe el viejo esquema del país que deseaba una igualdad-desigualdad razonable*. Reagan ha generado dicotomías sociales profundas. Los asnos, decía Heráclito, preferirán siempre la paja al oro. La cuestión es de envergadura.

Tema apasionante de la política contemporánea que gravita, al tiempo, sobre el dinamismo creciente que ejercen los capitales internacionales que acuden al mercado estadounidense, con un dólar devaluado, para adquirir empresas modernas y utilizar recursos humanos altamente especializados y *tentación de la concentración del Ingreso*. En suma, Estados Unidos, por un lado, absorbe, en estos días, gran parte del ahorro internacional y, del otro, acelera el crecimiento del empleo mientras los países europeos no pueden crear nuevos puestos de trabajo. En síntesis, esa penetración violenta del capital externo en Estados Unidos resuelve problemas y crea, aún en el caso de una economía tan poderosa, “cuellos de botella” nuevos. No sólo en Estados Unidos, invadido en todas sus fronteras productivas, sino en los países que trasladan a USA sus excedentes monetarios. El ahorro social y nacional de los pueblos emigra como las palomas mensajeras.

Nunca podrá decirse que esas palomas ciegas representan a los *beati pauperes spiritu*, a los afamados y *bienaventurados los pobres de espíritu*.

Lo cierto es que esa situación, con variables muy diversas, con cuellos de botella enormes y cambios admirables, no podrá comprenderse, ni explicarse, si aplicáramos, solamente, criterios panfletarios bajo *el razonamiento de lo negro o lo blanco*. Estamos, al contrario, en una fase decisiva de la economía y del poder estadounidense. Cada medida gravita sobre el mundo. La distensión internacional modificará, progresivamente, la estrategia del gasto militar estadounidense. Las nuevas fuerzas políticas no parecen dispuestas a continuar la política de la guerra de las galaxias ni a repetir un presupuesto de defensa que suponga, en la paz, el 7 por ciento del Ingreso Nacional. Es cierto, no obstante, que el presupuesto militar soviético representa el doble, *en términos de Ingreso Nacional*, que el norteamericano. Es justamente esa locura económica la que quiere limitar, con la distensión, Gorbachov.

Ello liberaría a Estados Unidos del déficit presupuestario. No liberará a los sucesores de Reagan de aumentar los impuestos y de aumentarlos, además, según otro proyecto social. Esto así porque el incremento, indudable, del bienestar en los dos periodos de Reagan ha supuesto una grave interpretación clasista de la distribución del Ingreso. Con Reagan los ricos son más ricos y los pobres más pobres. La Odisea del igualitarismo recomienza, en el país de Bush y Dukakis, la nueva cuenta de la historia. No podrá eludirse. De todas las maneras nadie podría decir, arrogantemente, al Este o al Oeste, al Norte o al Sur, que *la obra está terminada, el acta es fabula*, comienza, solamente, a jugarse.

Tampoco podrá eludirse la visión militar del planeta. Dukakis, de ganar las elecciones, tendría que asumir otra visión de las alianzas militares y, por consiguiente, del Destino Manifiesto en Centroamérica y América Latina. Nada será, ciertamente, de la noche a la mañana, pero no cabe eludir que Dukakis aprendió, primero, el griego que el inglés y que su padre, médico llegó a Estados Unidos cuando tenía 15 años. Todo, pues, puede recomenzar y todo comienzo es complejo y apasionante. George Bush, petrolero, tendrá que aprender, en el mercado del crudo, que nada hay más perecedero que la fuerza. Con 3000 bombas atómicas podría destruirse el mundo. Gorbachov y Reagan tienen, en conjunto, 20.000 “cabezas estratégicas”. Ese gigantesco desperdicio es la prueba de una repetida barbarie.